

lo han manifestado y que queremos los ocho días para decirle que nosotros, los trabajadores, que no tenemos más que muchas horas al día para trabajar, más que las reglamentadas por vigentes leyes y que nuestro señor Alcalde quiere desconocer para provecho propio; no se nos deben considerar utilidades ni venimos con cargas porque difícilmente y con muchos estreñimientos podemos vivir, que casi no podemos acudir a nuestras más perentorias necesida-

des y que cargamos con pagos cuando somos nosotros los que todo lo pagamos, entendemos que más que, justicia es una sangrienta burla a nuestras miserias.

¡Y muy triste, si esta viene legislada y aprobada por un explotador de carne humana!

¿Deben o no, respetarse nuestros derechos, Sr. Alcalde? ¿Es esta su democracia?

UN OBRERO.

El Alcalde desterrado de la conciencia Popular

Podría empezar este artículo atacando duramente a los que redactan *El Demócrata*, pues para todos tengo y me sobra pasta para hacerlo, pero como yo soy de los que creo firmemente que todo cuanto se publica en dicho periódico está inspirado por el Sr. Torras, Alcalde de esta villa y presidente de «La Unión Liberal», es el porque voy a dejar a un lado a los que le ayudan en la tarea de redactar su órgano, para concretarme a demostrar que el Alcalde Sr. Torras está completamente desterrado, de la conciencia popular del pueblo por la inconsecuencia que ha incurrido siempre en todos sus actos.

Desde que empezó a obrar el señor Torras en la vida pública, he ido siguiendo sus pasos y he podido convenirme que sólo un fin le guiaba: la ambición.

Yo recuerdo perfectamente que en las primeras reuniones en que se trataba de llevar a cabo la *popular*, se nos presentó el Sr. Torras como desprovisto de toda idea política, con el propósito, según él, de poder administrar mejor los intereses de la villa.

Mientras así discurría públicamente, trabajaba en la sombra, fomentando, junto con unos cuantos que le seguían, el plan de constituir un partido republicano netamente local, del cual tenía que ser él, el jefe. Por lo tanto, el Sr. Torras que en este asunto de la *popular*, iba ya de mala fe, políticamente hablando, pues quería aprovecharse de aquel movimiento electoral, para después dejar a la estacada a cuantos desinteresadamente y sin miras de ninguna clase, concurrieron al mismo. Fracados sus primeros planes, no tuvo más remedio que seguir actuando de *popular* hasta ver si podía conseguir lo que se había propuesto.

Viendo que las cuentas le salían mal por el lado del republicanism, emprendió otro camino, empezando a trabajar en provecho propio y de común acuer-

do con los carlistas, cosa que según él decía, le repugnaba mucho, pero no había de momento otra salida y transigió, acariciando la idea de que, una vez servido de los carlistas, muy fácilmente los desearía, echándolos por la borda.

La mala fe política del Sr. Torras, Alcalde actual de esta villa, se manifiesta claramente solo en lo que llevo dicho, pero para que sea completo el cuadro he de añadir que nunca la lealtad ha sido la guía del Sr. Torras.

Demostración: El Sr. Torras, no contento de haberse portado mal con sus mejores amigos y a fin de lograr su sueño dorado, de ser el factotum de la política local, empezó a dar saltos sin ton ni son, y a fuerza de arrastrarse le vemos postrado a los pies del Sr. Barangé, pidiendo de limosna su apoyo, después de haber dicho de éste Sr. un sin fin de barbaridades, que nada tendrían de cierto, desde el momento que el Sr. Torras solicitaba la ayuda incondicional del jefe de los liberales de esta villa.

Como lobo hambriento, no se para en barras el Sr. Torras, y obtenido el concurso magnánimo del Sr. Barangé, le vemos constantemente renegar incluso de aquellos mismos hombres que él les había prometido consecuencia absoluta, con el sólo objeto de dar satisfacción a su famélica ambición de llegar ha diputado provincial, aún a trueque de comprometer lo que podríamos llamar su *dignidad* política.

Continuando el rastrero camino y servido ya del apoyo, que desinteresadamente le prestare el Sr. Barangé, se separa de éste y con el título de ferviente liberal, le vemos pisar las antesalas y despachos de varios políticos barceloneses, en los cuales, iba esparciendo la bilis contra el Sr. Barangé, sin acordarse de que lo menos que pueden hacer los hombres honrados, es guardar los respetos debidos a las personas que poniendo a prueba su desinterés en to-

dos sentidos, habían proporcionado las llaves para que estas antesalas y despachos se abriesen al paso de sus improvisados difamadores.

Estos hechos, que son hechos verdad y que todo Granollers conoce, son lo bastante para formar idea exacta de como las gasta en política el Sr. Torras, Alcalde actual de esta villa. Pero he de añadir también que hay otro aspecto de índole moral en los procedimientos del Sr. Torras y que voy a concretar en forma de preguntas, las cuales, se de sobras que han de quedar incontestadas porque la verdad es una y no hay nadie por muy alto que se encuentre capaz de torcerlas:

¿Podría decirme el Sr. Torras, si al inspirar el artículo publicado en *El Demócrata* fecha 6 de Agosto con el título de «El Desterrado de Montornés», tenía la conciencia plena de que era verdad cuanto en el mismo se estampaba?

¿Es que al Sr. Torras le flaquea la memoria y no se acuerda de que entre varios amigos de confianza había dicho y repetido que con el concurso del Sr. Barangé se vería capaz de regenerar a Granollers?

¿Qué diría el Sr. Torras si le recordasen un hecho, en el que se ponían de manifiesto que muchas fortunas son producto de malas acciones?

¿Puede asegurar el Sr. Torras si sus procedimientos empleados hasta hoy en todo cuanto ha intervenido, son los que le ha dictado su conciencia?

Los pueblos conocen a sus hombres Sr. Torras, y por lo mismo yo, que conozco lo más escondido de su vida, se que estas preguntas han de quedar incontestadas forzosamente, como señalo más arriba, por la sencillísima razón de que sabe V. muy bien que su actuación en la cosa pública deja mucho que desear en todos conceptos.

Créame V. Sr. Torras, Alcalde actual de esta villa, de hoy en adelante, lo mejor que puede hacer es, aconsejar a sus compañeros de fatigas que no destierran a nadie desde las columnas de *El Demócrata*, porque no es lo triste estar desterrado por gusto en Montornés, en medio de aire puro, rodeado de las bellezas de la naturaleza y con la libertad absoluta de hacer lo que a uno le dé la gana, no, lo triste Sr. Torras, es cuando viviendo en el pueblo donde se ha nacido, éste, sin necesidad de jueces destierra a los hombres, por alcaldes que sean, de su conciencia para hacerlos caer en el más profundo abismo del olvido.

MEFISTO.

Memoria Sr. Torras

Memoria salta partidos.

El Demócrata del pasado domingo publica un artículo con el título de «El